

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.  
Antagonismos y resistencias (II)



número 36 (tercer trimestre 2017) - number 36 (third trimester 2017)

*La conflictividad contemporánea y sus problemáticas*

*Revista THEOMAI/ THEOMAI Journal*

*Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development*

## **Análisis de clase, movimientos sociales y antagonismo: saliendo de la parálisis teórica**

**Marcelo Gómez<sup>1</sup>**

### **Introducción**

El campo académico de las ciencias sociales y el pensamiento social contemporáneo desde hace ya por lo menos cuatro décadas ha consolidado dos tendencias teóricas: la pérdida de centralidad y la secundarización de la importancia de las clases sociales y la separación neta de los fenómenos de movilización social del análisis de clases. La reducción del potencial explicativo de la teoría de las clases sostenido por algunos que hablan de la “muerte de la clase”<sup>2</sup> se suele convertir en una suerte de veto conceptual cuando se aborda la problemática

---

<sup>1</sup> UNQ y UBA

<sup>2</sup> Un planteo completo de este proceso de erosión y volatilización teórica aparece en Pakulski (2007). En nuestro país Adamovsky (2007) advierte sobre cierto tradicionalismo en el marxismo doméstico reluctantante a las novedades teóricas que conspira contra una renovación que jerarquice el análisis de clase.

de los movimientos sociales y la acción colectiva. Si la perspectiva del análisis de clase se encuentra en franco retroceso en general, con respecto a los movimientos sociales se encuentra en una situación de divorcio teórico. Las duras inercias de los paradigmas establecidos tienden a naturalizarlos como conceptos alternativos o directamente enfrentados.

No vamos a hacer una historia de esta desgraciada desavenencia entre “hermanos separados al nacer” sino puntualizar los núcleos conceptuales en que se funda y señalar algunas sendas de superación recuperadora de la perspectiva de clases para el análisis de los procesos de movilización colectiva desafiante<sup>3</sup>.

El hiato teórico que separa la analítica de las clases de la de la acción colectiva y los movimientos sociales comienza tempranamente en los años '60 de la mano de la irrupción de los movimientos por los derechos civiles, el pacifismo, el ecologismo, el feminismo y las contraculturas juveniles expresadas con una potencia inusitada en el Mayo Francés. En los capitalismo avanzados se percibe un desplazamiento de grandes colectivos consistentemente homogéneos en condiciones materiales de vida y organizativamente consolidados (partidos, sindicatos, grupos de intereses empresariales) como protagonistas principales de la política y los procesos de cambio. La movilización social y los conflictos ya no caben en el lecho de Procusto explicativo de la lucha de clases, y comienzan a buscarse categorías de otro tipo (“género”, “nación”, “etnia”, “subculturas urbanas”) para entender los nuevos desafíos al orden social. La aparición de demandas o aspiraciones que no se corresponden con posiciones fijas en la estructura económica reclaman algún otro espacio conceptual donde inscribirlas y darles sentido (identidad, cultura, subjetividad) y las emergentes categorías de acción colectiva y “nuevos movimientos sociales” intentan dar respuesta a este nuevo escenario.

Hasta dentro mismo del diversamente inabarcable pensamiento marxista se sienten tendencias a la atenuación de la dimensión clasista del análisis de los procesos sociales y políticos de lucha y movilización. Para algunos (Offe, 1988) los movimientos están lejos de reemplazar a las clases pero tienen su importancia para explicar una nueva fisonomía del conflicto social y político en las democracias del capitalismo avanzado. Para otros (Kärner, 1983) más cercanos a las tradiciones del marxismo, hay que cavar una fosa teórica y tratar los nuevos fenómenos contestatarios (ecologistas, feministas, contracultura, etc.) como universos paralelos al de las clases sociales. Desde las fábricas y los lugares de trabajo la lucha de clases canónica sigue sobredeterminando al resto<sup>4</sup>, a riesgo de reducir la clase a un concepto atrapado en la sociología del trabajo y de la empresa.

Frente a la vasta tradición marxista de criterio estructuralista, comenzaron a desarrollarse un gran número de investigaciones y nuevos conceptos que fueron dando forma al campo disciplinar específico de la sociología de los movimientos sociales y la acción colectiva. El señero trabajo de Smelser de 1965 introduce la cuestión en la sociología americana típicamente funcionalista proponiendo una formalización teórica general para abordar el comportamiento colectivo. Después Touraine hará lo propio para la sociología europea en el marco de las teorías de la sociedad posindustrial poniendo en juego conceptos como actor, identidad y acción histórica. La explícita escotomización o relegamiento de la cuestión de clase opera desde el nacimiento mismo de estas teorías. La tradición neoutilitarista e

---

<sup>3</sup> Estas reflexiones continúan y en no poca medida reiteran, intentan aclarar o puntualizar las presentadas en el libro “El regreso de las clases” (Gómez, 2014). Surgen después de un largo y amplio esfuerzo de análisis de diversos movimientos sociales (desde casos de movimientos de pobres urbanos, piqueteros, asambleas barriales, ahorristas estafados, hasta grupos feministas y antikirchneristas) en el marco del proyecto de investigación PICT/UNQ “Los movimientos sociales como agentes de producción de significación” bajo mi dirección. Para ver en extenso algunos de estos casos ver también Gómez y Massetti (2017) “Los movimientos sociales de la década ganada”.

<sup>4</sup> También pueden verse los cuestionamientos al uso de la categoría de movimiento social en Galafassi (2007) y Millán (2010).

instrumentalista americana y la tradición culturalista y expresivista europea alimentan a partir de los años '80 el campo de estudios de la acción colectiva. Ambas tradiciones hacían profesión de fé de categorías analíticas que se planteaban como competitivas o alternativas a las de clase. La irrupción de los trabajos de Charles Tilly y Sidney Tarrow contribuyeron a especializar y focalizar aún más el campo temático a través de conceptos como movilización de recursos, estructuras de movilización y oportunidades políticas. En los años '90 los americanos (Snow, Benford y otros) desarrollan la teoría de los enmarcados interpretativos buscando abordar los componentes simbólicos y culturales que quedaban fuera de la matriz instrumentalista. En los últimos años de la mano de la internacionalización y estandarización de la producción en las ciencias sociales se opera una convergencia y una normalización de enfoques y metodologías<sup>5</sup> que tienden a la híperespecialización del objeto de estudios y con ello también profundizan la omisión de la relación entre lucha, movilización y condiciones materiales de vida.

Otra fuente más reciente de depreciación del análisis de clases se manifiesta en la importancia que asume la cuestión actual del populismo potenciado enormemente por las experiencias de gobiernos latinoamericanos caracterizados por liderazgos fuertemente personalistas, movilización de masas, decisionismo plebiscitario, fuerte apoyo plebeyo y polarización política. La problemática de las clases queda excluida del análisis acusada de economicismo, estructuralismo, objetivismo anacrónico, y es sustituida por el análisis del discurso, las articulaciones hegemónicas y contrahegemónicas, la formación de identidades populares, etc. Como nunca en América Latina el protagonismo político recae en la movilización, la organización y la acción que transita por carriles alejados de las instituciones o de los formatos convencionales de poder (sindicatos, partidos). Las irrupciones de masas y los movimientos sociales en sus complejas y diversas formas y orientaciones mantienen el tenor principal de la dinámica de la escena política donde las clases sociales ya no juegan un papel relevante ahora localizado en el discurso y el antagonismo político.

Aunque en el campo académico de nuestro país las influencias de estos paradigmas se hacen de manera híbrida, y dónde los enfoques marxistas más clásicos conservan un espacio significativo, un elemental inventario de la producción académica sobre el último gran ciclo de movilización contestataria desatada con la crisis del 2001 muestra diversos déficits en términos de problemática de las clases.

El contrapunto piquetes / cacerolazos, asambleas / organizaciones de desocupados, escraches / cortes de ruta, vecinos porteños / excluidos del conurbano, e incluso ahorristas / trabajadores, recorre los trabajos que se han producido, inscribiendo los análisis casi "obviamente" en una problemática de clases, separando la movilización de las clases populares de las clases medias. Pero los análisis que relacionan las prácticas de organización y lucha con las condiciones de vida material se limitan a las clases populares: está muy bien documentada la hipótesis de la territorialización del conflicto a partir de los procesos de desindustrialización ("la nueva fábrica es el barrio") y la influencia de los ex trabajadores sindicalizados y de la cultura del trabajo en la emergencia de estas nuevas formas de organización, lucha e identidad (universalidad de la nominación como "trabajadores desocupados"). En cambio, a la hora de analizar los movimientos de asambleas barriales y los cacerolazos vemos que los tópicos que han ocupado la mayor parte del interés analítico en los movimientos son las formas de subjetividad, los nuevos lazos sociales y las producciones discursivas que se generan en ellos, adoptando una autonomía respecto de las condiciones materiales de vida que resulta abiertamente desclasante.

---

<sup>5</sup> La revista *Mobilization* es la que mejor expresa la vigencia de este modelo de análisis de la acción colectiva. Ver <http://www.mobilization.sdsu.edu/index.html>.

El campo académico parece haber operado también de manera clasista. Solamente las clases populares parecen acreedoras de un enfoque que las relacione con sus condiciones de vida y con las coerciones económicas, simbólicas y sociales a las que están expuestas, mientras las clases medias permanecen exentas de tal cadena que las une a la tierra –es decir, a los otros hombres– y pueden elevarse hacia la política levitando plácidamente en su “subjetividad”.

Otra debilidad manifiesta es la atribución clasista basada exclusivamente en las locaciones geográficas: los barrios donde afincan los movimientos de desocupados o se reúnen las asambleas constituyen un criterio de atribución de clase muy expuesto a la falacia ecológica. Así, luego de dar por sentado el carácter de clase media por el barrio, el análisis de las formas de lucha, organización y subjetividades parecen prescindir de las diversas mediaciones por las condiciones sociales y materiales de existencia.<sup>6</sup>

Otro sesgo que delata insuficiencia analítica en relacionar la movilización con las condiciones materiales es la saturación de investigación sobre el fenómeno asambleario y la casi ausencia de estudios de los movimientos de ahorristas estafados<sup>7</sup> condenados a un insólito ostracismo sociológico que, en cierta medida, se explica justamente porque los focos del análisis se concentraban en los aspectos más lejanos a los intereses materiales.

En los trabajos de campo sobre ahorristas y asambleístas una de las primeras cosas que se mostró fallida es el análisis estático de correspondencias entre atributos socioeconómicos (ocupación, educación, ingresos, ahorros) y la participación en la movilización. Muchos de nuestros entrevistados eran francamente inclasificables en términos de las categorías estándar: figuras como “empresarios desocupados”, “desocupados empresarios” (que no es lo mismo que la primera), obreros con plazos fijos en dólares, jubilados bonistas, profesionales “changanines” pluriempleo, empleadas domésticas líderes de movimientos de ahorristas, consultores de empresas a favor del “Que se Vayan Todos”, jubilados escrachando bancos, etc. Las nomenclaturas posicionales estandarizadas de asignación de lugares de clase chocaban con una inusitada diversidad. Ni hablar cuando se trataba de identificar las definiciones de los intereses en juego de los actores y las prácticas o estrategias con que explicaban sus apuestas a la movilización y la lucha.

La sorprendente heterogeneidad entre movimientos y dentro de cada uno de ellos desafiaba los análisis clasistas: una misma base social estaría adoptando formas colectivas bastante disímiles y hasta luchando por demandas y aspiraciones enfrentadas (por ejemplo, ahorristas *versus* asambleístas), o sectores sociales con posiciones estructurales diferentes estarían compartiendo las mismas prácticas como participantes de un mismo movimiento (trabajadores manuales entre los ahorristas y empresarios entre los asambleístas).

Aquí aparece un punto crucial para nuestro tema: la necesidad de separar los movimientos-acción colectiva clasistas o “de base clasista” y el análisis clasista de los movimientos-acción colectiva que se mezclan confusamente muchas veces. Se suele suponer distraídamente que uno lleva al otro y que el análisis clasista debe justificar los soportes de clase de los movimientos, demostrando que los emplazamientos políticos y culturales entran en correspondencia con posiciones estructurales. Este planteo lógicamente concluye que un análisis clasista no debería usarse para analizar movimientos que son heterogéneos e inconsistentes desde el punto de vista posicional. La diversidad posicional de clases

---

<sup>6</sup> A las asambleas concurrían desde profesionales hasta pequeños y medianos comerciantes y empresarios, desde desocupados a estudiantes universitarios, docentes e intelectuales, desde gente que no podía pagar la luz y el alquiler hasta gente que iba con perro de raza a las reuniones.

<sup>7</sup> Lo sorprendente de este “borramiento” es que no concluye con la investigación académica o militante sino que abarca incluso las muestras de arte sobre la protesta (Svampa, 2008: 193), a pesar de que los escrachos a los bancos no han carecido de elementos fuertes de estetización. Ver <https://www.youtube.com/watch?v=wTVNw6W6kEo>

esterilizaría el análisis. Propongo partir de la hipótesis contraria: los condicionamientos clasistas están presentes y gravitan con fuerza no a pesar sino a través de estas diversidades.

Seguimos viviendo en sociedades clasistas, es decir, sociedades donde los procesos de diferenciación entre individuos y entre grupos no pueden separarse de antagonismos y conflictos que despliegan relaciones de fuerza y de sentido en torno a las condiciones materiales de vida. La subteorización de la relación movimientos sociales/clases conspira contra las chances de alcanzar una inteligibilidad “enclasante” de la movilización<sup>8</sup>. A partir de estas limitaciones podemos plantear una primera serie de preguntas orientadoras: ¿cómo captar el elemento clasista en el desarrollo de la organización, la acción y la identidad de colectivos movilizados? ¿Cuáles son los puntos ciegos tanto de la teoría de las clases como de las teorías de la acción colectiva?

### Clases VS Acción colectiva: la prepotencia de las estructuras

Veamos una necesariamente somera y simplificadora lista de las limitaciones en que la conceptualización de clase social oblitera o deja sin lugar a la cuestión de la acción colectiva.

La teoría social de estirpe “clásica” (la que se sostiene en los pilares fundacionales de Marx y Weber<sup>9</sup>) pretende explicar la acción colectiva y el conflicto a partir de las posiciones de los agentes plenamente determinadas por la distribución de bienes privilegiados por el mercado en Weber, y por la acumulación de capital en Marx. Para los padres fundadores las distribuciones asimétricas de ciertos bienes (las tradiciones weberiana y marxiana difieren en cuáles son) coercionan rígidamente las acciones de los agentes. La lucha social, las protestas, la movilización de masas, tienden a convertirse en “epifenómenos” de realidades más fundamentales en donde las clases tenían el papel protagónico en tanto colectivos de gran escala, bien definidos por las relaciones de propiedad y separados en sus formas de vida. El remitirse a un campo de inteligibilidad con una clave explicativa resuelta *ex ante* las acciones de los hombres (la ley del valor en Marx, la ley de la utilidad marginal en Weber), la acción colectiva en definitiva viene a completar la descripción de un proceso ya resuelto, dándole al conflicto y la lucha un lugar derivado en forma lineal. Por tanto, había poco interés en focalizar explicativamente la lucha y el conflicto colectivo en sí mismo, ya que su sentido se agotaba en el de plasmar en la realidad histórica concreta tales claves de inteligibilidad. El paso del comportamiento individual adaptativo a la rebelión colectiva era planteado como la combinación de pura agregación inevitable por semejanza de intereses individuales (hoy impugnariamos este supuesto como “falacia distributiva”) y reacción por desesperación o frustración. En Marx aparece la “coerción proteínico calórica” de la mano del inevitable proceso de pauperización que lleva a sencillas ecuaciones como “crisis=hambre=organización

---

<sup>8</sup> Recientemente Pereyra (2016) ha intentado relacionar diversos datos sobre conflictos y protestas con cambios macro en la estructura social, pero las fuentes y las metodologías utilizadas (estadísticas de conflictos sociales, encuestas de motivos de participación en protestas o directamente notas periodísticas) no permiten ningún avance significativo en términos explicativos de análisis de clases.

<sup>9</sup> Hay que recordar una vez más que Marx falleció sin siquiera terminar la tercer página del capítulo LII de *El Capital* sobre el tema y lo que se ha publicado de Weber no eran más que papeles de trabajo ordenados por los editores con criterios dudosos. En definitiva, los padres fundadores no llegaron a pensar la cuestión de las clases de manera directa y sistemática. La sociología académica ha tratado de convertir estos retazos heredados -materiales a veces de rezago- del trabajo de dos genios, en los pilares de un proyecto de comprensión de la sociedad. Lenin, Kautsky, Makarov son los “modelizadores” de la teoría de las clases “estándar” del marxismo y Parsons, Bendix, Tumin, las del weberismo. En ambas tradiciones, en vez de trabajar con las contradicciones e incongruencias de los padres fundadores, se han dedicado a ignorarlas, disfrazarlas o depurarlas.

y lucha=revolución". La acción colectiva, la rebelión de clase, es entendida como un imperativo biológico unificador impelido por la necesidad histórica de la reproducción ampliada del capital. Weber completamente despreocupado por las luchas casi no se ocupa del tema aunque señala factores como "la disponibilidad técnica de reunión y organización", o la provisión de líderes e intelectuales que permitan dar metas y orientación a los intereses de los descontentos. La americanización del weberismo se nutrirá de las teorías de la privación relativa: la rebelión colectiva puede surgir de la comparación de posiciones y de expectativas frustradas.

La evolución posterior del canon fundacional va a mostrar tres modulaciones teóricas del concepto de clase: estructural, constructiva, histórica.

Los que mantienen la primacía de las "coerciones estructurales" derivadas de las asimetrías en las relaciones de propiedad establecen una secuencia lógica de determinación: estructura de clases-formación de clases-conciencia de clases-lucha de clases<sup>10</sup>. Podemos decir que esta secuencia modeliza el "sentido común sociológico" y las prácticas investigativas estandarizadas: las distribuciones de bienes estratégicos (aquí hay infinidad de variantes y matices pero no pueden faltar los medios de producción, de crédito, y la tecnología) condiciona agrupamientos y modos de vida homogéneos, esto condiciona formas de percepción, elaboración de intereses y pensamiento también homogéneas, y finalmente todo ello precipita en organización y lucha contra otros grupos por el predominio político y el control sobre los procesos de cambio<sup>11</sup>.

Sindicatos, partidos, grupos de interés, asociaciones empresariales, etc. mostraban un ropaje de homogeneidades adecuadas al papel de emisarias de mandatos estructurales unívocos. El problema apareció cuando las bases electorales de los partidos se heterogeneizaron (el desclasamiento del voto), los sindicatos y los grupos empresariales se volcaron a la negociación y por si fuera poco aparecieron movilizaciones y descontentos por cuestiones ajenas a las distribuciones de bienes estratégicos: medio ambiente, derechos de minorías étnicas y mujeres, valores culturales, antiarmamentismo, etc.

Las sociologías "constructivistas" aligeran el peso determinante de las distribuciones de partida de bienes claves y diversifican las fuentes de poder de clase. Las clases son conceptualmente fabricadas como actores que se van constituyendo a través de campos de inteligibilidad secuenciados pero con sus propias lógicas (mercado de trabajo, empresa, familia, comunidad, escuela, estilos de vida, cultura, política, etc.). En Bourdieu las estrategias de conversión entre tipos y especies de capital comienzan a señalar el fin del privilegio estructural a determinados tipos de bienes. En Giddens, los factores "estructurantes" mediatos

---

<sup>10</sup> Las modelización del análisis de clase basado en esta "secuencia de hierro" generalmente tiende al cruce entre criterios marxianos y weberianos. Pueden verse desde Dahrendorf (1979) a Giddens (1981) entre los más weberianos, y de Val Burris (1995) al mismo Wright (1996, 2005, 2015) entre los provenientes del marxismo. Al calor de la introducción del pensamiento gramsciano, algunos planteos del marxismo contemporáneo aflojan la unidireccionalidad de la determinación por las leyes omnímodas de la acumulación del capital. Se desdobra el modo de acumulación entre reproducción y desposesión, se habla de "cercamiento" y otras terminologías que afirman la perpetuación de la "acumulación originaria", para terminar encontrando una contradicción entre el capital y sus "condiciones de producción y reproducción". Ver en Galafassi (2014) un interesante desarrollo pormenorizado de estos planteos tributarios de las leyes del desarrollo del capitalismo y una propuesta de análisis para el conflicto social en América Latina.

<sup>11</sup> Una manía típica de estos enfoques "estructura dependientes" es ver clases "nuevas", es decir colectivos potenciales, cuyo poder socioeconómico, su presencia e importancia a nivel estructural no tiene correspondencia con su protagonismo político o cultural. Es decir, hay siempre una potencia estructural no realizada política e históricamente. Siempre hay una clase que construir sobre pilares que supuestamente están ya puestos en las estructuras. El viejo tema germaniano de la incongruencia entre peso social y económico y gravitación política vuelve una y otra vez con los debates sobre "la clase de servicios", "la nueva clase", "las nuevas clases medias", etc.

e inmediatos pueden estar sujetos a relaciones de compensación (propiedad, autoridad, experticia, prestigio). Se produce una multiplicación refinada de efectos de enclasmientos/desclasmientos al margen de la lucha y el conflicto colectivo.

Estas sociologías constructivistas se centran en los procesos de formación de clases, por ello sus temas predilectos son los estilos de vida comunes y las estrategias de ascenso y de perpetuación mediante las cuales las clases procuran garantizar la distancia, el cierre y la supremacía sobre otras. Pero estas estrategias son exclusivamente estudiadas como agregados de "apuestas" individuales y tienden a menoscabar conceptual y temáticamente la cuestión de la colectivización y la lucha. Bourdieu prácticamente nunca se detuvo en conflicto alguno. Lo mismo puede decirse de Savage (2000) aunque intenta compensarlo con la idea de "multiplicidad de antagonismos y explotaciones" ("deleting labour" de la burocracia, rentas monopólicas de credenciales educativas de los expertos profesionales, etc.). En general la clase tiende a desantagonizarse y a expresarse como "distancia social" multidimensionalizada y "barreras" entre formas de vida homogéneas.

Estos enfoques posclásicos tienden a prescindir del antagonismo como dimensión constitutiva de las clases a favor de una multideterminación relacional secuencial (constructivismo). La clase es mucho más construcción convergente de individuos atraídos por la fuerza de la homogeneidad y la reproducción que fruto de lucha y conflicto. La falta de interés en el tema de la acción colectiva resulta en una notoria insuficiencia teórica para el abordaje del antagonismo y la lucha pero se puede rescatar con provecho un cabo suelto: la incorporación –bien que en forma individualista y despolitizada– del concepto de "capital social" que introduce el tema de la cooperación entre agentes como factor de poder clasista.

Frente a estas dos modulaciones se para el trabajo del gran historiador E. Thompson que es el primero en afirmar de manera convincente que "lucha" es previo conceptual y temporalmente a "clase". La idea de que la clase "ocurre", "acaee", la coloca como fenómeno histórico que surge de la lucha por las condiciones de existencia. Los individuos que participan en esos procesos se enclasan a partir de los conflictos en los que se ven involucrados. No hay clases previas o independientes de las luchas que entablen. Nunca está de más volver a la cita famosa:

"Para expresarlo claramente: las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y luego comienzan a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente pero no exclusivamente en modos de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras fases del proceso real histórico" (Thompson, 1984: 37).

Pero el considerable avance que significa el trabajo de Thompson al poner el conflicto en primer plano, es decir, ver la clase desde el conflicto y no el conflicto desde la clase, deja irresuelto la cuestión de la relación entre la lucha y los "modos determinados en que una sociedad está estructurada". En su trabajo empírico historiográfico, la "experiencia" de clase mantiene una relación de exterioridad con esos "modos" que se encuentran "dados". Las gentes "experimentan" las formas de estructuración de lo social como "explotación" y a partir de la lucha asumen conciencia e identidad de clase. Los "modos de estructuración" son convidados de piedra en esta construcción, siguen funcionando como herméticas "condiciones

objetivas". La primacía de la lucha lo es con respecto al proceso de formación de clase y conciencia de clase, lo que es un logro teórico importantísimo, pero no hay resolución teórica respecto de la estructura de clase, dimensión "estructural" que parece seguir siendo inteligible independientemente de las luchas y la formación de clases. El esquema de Thompson muta el paradigma fundacional parcialmente: estructura >> lucha y conciencia >> formación de clase. Es por ello que tiene razón Meiskins Wood (1996): hay que rechazar las acusaciones de heterodoxia hacia Thompson ya que, en cierto sentido, termina defendiendo mejor la ortodoxia que los ortodoxos. El historicismo se sigue nutriendo de estructuras fundantes.

### **Acción Colectiva VS Clases: pecado por omisión y vicio de autosuficiencia**

¿De qué modo la teoría de la acción colectiva y el fenómeno de los nuevos movimientos sociales han subalternizado o directamente omitido la cuestión de las clases? La sociología académica ha desarrollado con altos grados de formalización tres tipos de teorías con pretensiones explicativas sobre los fenómenos de movilización social contestataria: la teoría del comportamiento colectivo, de la identidad, y de la movilización de recursos.

La primera, al calor de las revueltas negras en los EEUU, coloca a las acciones de grupos que reclaman por fuera de los cauces institucionales o de las convenciones aceptadas del orden público como un subtipo dentro del "comportamiento colectivo" al lado de histerias colectivas, el rumor, la reacción circular y la sugestión de masas. La combinación de frustración -por lo que ellos llaman "tensiones estructurales" que leen simplemente como la insuficiencia del *social system* para satisfacer aspiraciones de determinados grupos- con desinstitucionalización de la acción agota el análisis. La visión como "reacciones contraproducentes no racionales ante la frustración" ha sido una suerte de paradigma de análisis de la movilización colectiva que entra dentro de la historia de la "patologización" denigrante de las masas, inmejorablemente descrita por Laclau (2007).

Esta teoría simplificadora se fue de bruces en cuanto el movimiento negro en EEUU demostró capacidad organizativa, liderazgo y astucia política y comunicacional. Finalmente, la teoría tuvo que ser desechada cuando irrumpieron los movimientos pacifistas anti Vietnam y anti nuclear, el ecologismo y el feminismo. Ninguno de ellos se acercaba ni remotamente a simples reacciones a la frustración ni animado por mecanismos irracionales del comportamiento colectivo.

A partir de los años '70 se han desarrollado dispositivos conceptuales que abandonan el carácter reactivo y episódico de su objeto de estudio: los fenómenos llamados "nuevos movimientos sociales" (en adelante NMS) pasan a ser claves de interpretación centrales de las sociedades del capitalismo avanzado. Las nuevas conceptualizaciones se alejan de los padres fundadores y la teoría social clásica y se nutren de otras ciencias sociales, especialmente la ciencia política, la historia, la psicología cognitiva, la lingüística, la antropología y la psicología social, incorporando módulos teóricos como las teoría de los juegos, de la elección racional, de la sociedad posindustrial, de la sociedad programada, del proceso político, de los marcos cognitivos, etc. Conservan sin embargo de la teoría del comportamiento colectivo el énfasis en la especificidad del objeto colocando los elementos clasistas en el mejor de los casos como meras variables contextuales. El campo de los estudios de la acción colectiva tiende a focalizarse en la "lógica" de la acción colectiva y de allí pasar a sus efectos sobre otras esferas de inteligibilidad de lo social.

Touraine con su planteo del "actor social" y su crítica al marxismo "por carecer de una teoría de la acción", es el primero y más difundido de los teóricos de los NMS y de la sociedad



posindustrial donde aparecen conceptos que abordan resueltamente cuestiones como las formas de subjetividad e identidad que ponen en juego estos novedosos modos de intervención de la sociedad sobre sí misma. La sociedad posindustrial está más abierta a sí misma y es más capaz de intervenir sobre su modelo cultural y, por tanto, tiende a instalar el paradigma del cambio que desata una lucha por el control de la historicidad, es decir, por la orientación hacia el futuro. Para Touraine (1987: 69) los movimientos sociales son uno de los elementos centrales de la vida social contemporánea: dan la forma social a la lucha por orientaciones culturales. Aunque reconoce que las clases siguen siendo categorías de análisis imprescindibles, prefiere los movimientos como concepto más apto para interpretar el cambio en los sistemas de acción histórica. La acción colectiva contestataria de los movimientos busca transformar valores y campos de historicidad (*ib. ídem*, p. 97) separando de manera tajante los movimientos sociales del campo de intereses materiales y la acción estratégica propia de los partidos que luchan por poder político y de los sindicatos que luchan por poder económico. Touraine sostiene que en la sociedad posindustrial hay un antagonismo potente: “tecnócratas” versus “movimientos” en el que se tienden a inscribir el conjunto de las luchas.

Aunque la influencia de estas categorías fue extensa, en general los enfoques europeos de la identidad tienden a evaporar el antagonismo en el conflicto y a enfatizar los procesos afirmativos de identidad producidos por las experiencias movilizadoras, los esfuerzos de transformación cognitivos, etc. Dieter Rucht (1992) refuerza la lógica expresiva de la movilización que tiene por destinatarios a la opinión pública, la subjetividad y sensibilidad de las personas, o a los referentes en diversos campos culturales, artísticos, científicos o intelectuales, y la diferencia de manera categórica de la lógica hacia el poder que procura incidir sobre las agendas políticas y gubernamentales para que tomen decisiones favorables o, más comúnmente, impedir que tomen decisiones adversas. La alianza tácita –no exenta de conflictos, por supuesto– entre medios de comunicación, intelectuales y movimientos es una consecuencia inevitable.

Otros grandes teóricos y analistas de los NMS como Melucci (1994) y Alberoni (1991) encuentran en ellos formas de realización personal. Las cuestiones identitarias o expresivas pasan a jugar un papel importante en los procesos de individuación a partir del uso de conceptos como estilos de vida, experiencias vitales, “inversión emocional” y “compromiso personal”<sup>12</sup>. La acción colectiva no está motivada “instrumentalmente” como un medio –no convencional– de alcanzar un interés exterior a la acción sino como una forma de realización personal y colectiva en sí misma. Los movimientos sociales son expresiones de autoafirmación frente a las amenazas de los poderes despersonalizadores y fragmentadores del mercado, el estado y la tecnología y ostentan una función simbólica e incluso profética de creación de códigos culturales alternativos (Melucci, 1989: 28). Las formas internas de los movimientos y su acción son un mensaje en sí mismo. En consecuencia Melucci señala que la vida interna de los colectivos es tan importante como su vida pública y que los NMS hunden sus raíces en el cotidiano lo que explica las fases de latencia y las fases de visibilidad. Operan como “redes sumergidas” en la vida cotidiana que funcionan como “laboratorios culturales”, productores de identidad, solidaridad, pertenencia y sentido.

El vínculo del individuo con la organización colectiva se caracteriza por multipertenencias cambiantes (pueden pasar de un grupo a otro, de un movimiento a otro, dejar de participar y volver, etc.) pero de alta intensidad de compromiso emocional. Alberoni

---

<sup>12</sup> La “sociedad compleja de la información” conduce a lo que Melucci llama la paradoja de la individualización y la sujeción: la autonomía individual y grupal se convierte en un presupuesto del sistema pero al mismo tiempo tiene que estar controlada. Los NMS se inscriben en esa tensión irresuelta.

(1991) ha estudiado la valoración de los activistas de las “experiencias movilizadoras”, y ha descrito los “estados nacies” de grupos movilizados, llegando a hablar de “mutantes sociales” como portadores de nuevas formas de vida colectiva. La emocionalidad reactiva de la multitud frustrada de las teorías del comportamiento colectivo americanas muta en virtuosa transformación interior y de los vínculos sociales. Los movimientos son “creadores” de lazo social al tiempo que de nuevas formas de subjetividad, cancelando o redibujando la frontera entre lo público y lo privado (Jelin, 2004: 239).

Cohen (1985) alude a la “nueva radicalidad” como lucha por la “soberanía existencial” individual sobre los macropoderes de la técnica y el dinero. Su enfoque prescinde de una perspectiva de poder y los NMS aparecen centrados en lograr cambios en la vida cotidiana, en la comunicación y en las relaciones sociales, es decir a nivel de la sociedad civil, más allá de los procesos políticos y económicos. Sus valores ya no son las viejas utopías democráticas e igualitaristas y su “radicalismo autolimitante” hace expresa renuncia a la lucha por el poder y la propiedad. En esto diferencia a los NMS de la “contracultura leninista” o “nueva izquierda” del Mayo Francés que intentaba combinar los nuevos valores con las tradiciones socialistas y articularlos a la clase obrera industrial. Los movimientos buscan solidaridad, identidad, cambio personal y conciencia, y en este sentido son ofensivos en la lucha por el control en el campo de la vida privada y la sociedad civil, y defensivos o indiferentes respecto de los poderes políticos y económicos.

Los enfoques identitarios europeos ofrecen los NMS como categorías diferenciadas y de significado decididamente opuesto al de clases pero no hay una renuncia al antagonismo y al conflicto. En principio los antagonismos serían culturales, identitarios, desinteresados, universalistas, etc. Se abre un capítulo de antagonismos “intangibles”. La lucha por las conciencias, la opinión pública, las agendas gubernativas y electorales, aparece como los campos de confrontación relevantes. Claramente se convierten en insostenibles los supuestos neoutilitaristas. Los parámetros de la opción por la salida a la acción ya no pueden ser la frustración de expectativas. Ya no existen “intereses” estables o fijos, muchísimo menos objetivos o “históricos”, ni siquiera “materiales” o “mercantiles”. Los movimientos y la lucha no se analizan como estrategia y gestión de descontento y frustraciones estructuralmente producidas. Los que se movilizan incluso tienden a ser los sectores más beneficiados por el curso de la sociedad posindustrial, del conocimiento, etc. Los NMS no se nutren del descontento emanado de las contradicciones de las estructuras sino que tienen que “instalar” demandas que no son obvias como deseables para los sistemas de referencia cultural dominante como son las de distribución, bienestar y seguridad. Más que canalizarlo o aprovecharlo, los NMS “generan” el descontento al poner en juego nuevas referencias culturales disonantes con las de los poderes públicos y los principales actores sociopolíticos y económicos. Así, la tarea de la movilización colectiva los constituye en sujetos de acción histórica, es decir, agentes de cambio de las orientaciones valorativas y los esquemas de referencia normativos.

Pero el desclasamiento del análisis deriva en una sospechosa desconexión de los procesos de movilización de las condiciones materiales de vida y de las relaciones de antagonismo que la atraviesan. Clases y Movimientos viven en mundos paralelos que no se tocan. Los movilizados tienen por esfera de acción privilegiada al sistema cultural, a la introducción de nuevos valores, y las clases siguen luchando por el dinero y el control de excedentes. Así, no puede haber acción instrumentalista en el campo cultural, es decir, las formas de organización y acción de los movimientos tienen que ser expresivas en la búsqueda de efectos identitarios y normativos que tienden a cuestionar “estilos de vida” y no poderes de decisión y de distribución. Se propugna así una desmaterialización del análisis de los estilos

de vida como si éstos ya no tuvieran que ver con la producción de fronteras sociales y antagonismos de gran escala. Las absurdas promesas de la sociedad posindustrial derivan en el dominio de supuestos valores “posmaterialistas”. Melucci llega a hablar de una “desmercantilización opulenta”.

Pero estas teorías de la identidad no son indiferentes a buscar un fundamento de clase basado en los rasgos socioeconómicos de los integrantes de los NMS. Pulan en ellas los lugares comunes de las teorías posindustrialistas como las caracterizaciones de una nueva estructura de clases cuyo centro de gravedad pasan a ser las “nuevas clases medias”, la “clase de servicio”, las “clases desmercantilizadas”, etc. que fungen de apoyos a los NMS y a los que buscan legitimar teóricamente como nuevos sujetos históricos. En este sentido caen víctimas del viejo reflejo de matriz marxista: buscar agentes de cambio histórico anclados firmemente en las estructuras. Presentando otras escenografías y otros actores, el guión sigue siendo el mismo.

El último desarrollo teórico es el de la teoría de movilización de recursos (en adelante TMR) donde el sujeto racional estratégico reemplaza a la muchedumbre. La TMR tiene una base histórica comparativa muy vasta (sobre todo por el trabajo gigantesco de Tilly) y una pretensión de alcance general fundada en la especificidad del objeto: los movimientos se tratan como si tuvieran vida propia y hubiesen sido autogenerados, gobernados por una lógica específica. La teoría parte de un postulado simple: el descontento o las aspiraciones son condición necesaria pero no suficiente, la movilización se explica por los recursos (materiales y simbólicos) y las oportunidades de acción exitosa disponibles (situación favorable frente a los oponentes y autoridades). Así, la acción colectiva, la protesta, deja de pertenecer a un submundo de las ciencias sociales y gana su carta de ciudadanía con rango importante al lado de los fenómenos políticos institucionalizados. Los MS son restituidos al plano común con el resto de los actores sociopolíticos y no condenados a una anomalía o desviación necesariamente pasajera.

En el análisis de la TMR también pierden toda relevancia sus conexiones con “procesos” generales y “estructuras”. La acción colectiva se desengancha analíticamente de las estructuras de clases, “el capitalismo”, “la sociedad posindustrial”, “las nuevas clases medias”, que terminan por carecer de importancia explicativa.

La añeja formulación que Tilly (1978) utiliza para los análisis históricos incorpora un nexo entre la movilización de recursos y las condiciones diferenciales de vida material. En la casuística de movilizaciones estudiada durante varios siglos se observa que lo que permite desarrollar solidaridad y organización estables como bases de la acción colectiva contestataria es la superposición de una *cat-ness*, es decir de una posición estructural impersonal y anónima (categoría, clase), y una *net-ness*, es decir de una pertenencia concreta a grupos interpersonales con fuerte densidad dinámica de contactos (comunidades barriales, de credo, clubes, etc.). Investigaciones posteriores han confirmado la importancia de los contextos sociales próximos, redes de amistades, vínculos informales, etc. donde el compartir espacios sociales y creencias tiene muchas veces, no siempre, obvios componentes clasistas. Las TMR exploran la riqueza de las mediaciones colectivas preexistentes a la acción colectiva misma, a las que llaman “contextos de micromovilización”. Son estas redes o microcontextos los que asumen un importante papel explicativo de la movilización de recursos (Oberschall, 1973). Al sacar el lente de partidos y sindicatos, se puede caer en el error de desclasamiento del análisis, pero sin dudas esto no es una consecuencia necesaria. Tarrow, otro autor fundamental de este enfoque rescata incluso a Marx, Lenin y Gramsci como importantes precursores de la teoría. Pero en los trabajos empíricos los fenómenos de movilización son estudiados prescindiendo

de los antagonismos que atraviesan las luchas por las condiciones de existencia material y simbólica.

En los últimos 20 años de la mano de la internacionalización de las ciencias sociales se verifican tendencias a la integración ecléctica de los enfoques<sup>13</sup>. Los planteos instrumentalistas- estrategistas, los expresivistas- identitaristas, los más volcados a las formas de conciencia y subjetividad y los más volcados a lo reivindicativo tienden a fusionarse y complementarse. Desde fines de los años 80 también se tiende a abandonar la indiferencia a las cuestiones estructurales. El modelo “integral” ahora también comienza a buscar estos eslabones perdidos entre macro estructuras y acción. Aunque la cuestión de las clases sigue omitida, la tarea a afrontar desde el punto de vista teórico sería:

“[...] cómo el potencial para los movimientos sociales que emerge desde la estructura política y social de las democracias capitalistas avanzadas se traduce en acción política y social” (Klandermans y Tarrow, 1988: 3).

### **Hacia un análisis clasista de los fenómenos de movilización**

¿Cómo restituir la dimensión de clase a los análisis de la acción colectiva y cómo entender la clase desde los procesos de colectivización y lucha? Vamos a encarar posibles respuestas desde las dos manos de una misma ruta. Un rumbo es trabajar en las contradicciones del concepto de clase para abrir un espacio a la acción colectiva. La dirección inversa es trabajar sobre las insuficiencias de las conceptualizaciones de la acción colectiva para enclasar su análisis. La tarea es avanzar hacia un cuerpo conceptual para un análisis clasista de la acción colectiva, esto es, de la relación entre las condiciones materiales y simbólicas de existencia con las condiciones de la movilización y las prácticas de lucha.

### **“Las clases se constituyen en la lucha”**

Atraviesa la obra marxiana una dualidad: por un lado, el paradigma explicativo centrado en el eje teórico modo de producción / proceso de acumulación y, por otro lado, la primacía de la lucha de clases como clave del cambio social e histórico.

La ruda primacía del primer eje (las clases como elementos de la acumulación) dentro de la tradición marxista más extendida ha llevado a Foucault a manifestar su perspicaz desconfianza en forma categórica: “El marxismo deja en silencio qué quiere decir lucha cuando se habla de lucha de clases”. No obstante, dentro mismo de los textos histórico-periodísticos y de polémica política de Marx y de muchos clásicos del marxismo se han encontrado múltiples puntos de vista alternativos, que apuntan al segundo de los ejes: la lucha<sup>14</sup>.

La obra de Weber no es menos ambivalente: la sacralización de los mecanismos mercantiles de la utilidad marginal que definen la situación de clase claramente se da de patadas con sus propios trabajos sobre historia económica y la crudeza de las luchas por la monopolización y la exclusión.

---

<sup>13</sup> Ver los difundidísimos “manuales” McAdam, McCarthy y Zald (1999) y sobre todo McAdam, Tarrow y Tilly (2001) donde el nivel de formalización de la teoría alcanza altos grados de detalle.

<sup>14</sup> Es absolutamente imprescindible rescatar y desagrar el viejo y vapuleado trabajo de Poulantzas (1985) quien, incluso desde una clara posición estructuralista, no duda en considerar que “clase se corresponde al campo de la práctica y no de las estructuras”.

La teoría social clásica tiende a pasar por alto el hecho de que el mercado o la acumulación son destinatarios principalísimos de las acciones de clase. La determinación estructural que deduce las clases de la propiedad (“el tener”) es simple pero engañosa: son las clases con sus acciones las que establecen el “poder de mercado” de algunos tipos de propiedad en vez de otros, sus distribuciones y límites. Mercado y acumulación no son fuerzas causales presociales, reino de precios, cantidades, tiempos de trabajo y preferencias individuales ajenas a la lucha y el antagonismo. En realidad es más propio del análisis clasista indagar cómo las clases generan mercado o acumulación y no al revés. Los individuos no se organizan en clases al emerger del mercado, sino que entran a él como clases. La propiedad en sí no tiene poder explicativo ni eficacia histórica alguna, solo lo que se hace con ella frente a otros tiene valor analítico. La acción, el “hacer”, no puede entenderse sin el tener, pero el tener no explica el hacer.

Por lo demás, Marx tenía una idea muy clara del ciego poder impersonal de las fuerzas desatadas de la propiedad y la acumulación: lejos de agrupar a los individuos, de dotarlos de una identidad, mancomunidad en la acción, los separa y los enfrenta entre sí. Está muy lejos de considerar que estas fuerzas “estructurales” de por sí alcanzan para constituir clases e impulsar rebeliones. El apotegma formulado en el *18 Brumario* está bastante alejado del “proyecto clásico” de teorización de lo social: “Las clases se constituyen en la lucha” supone una programática teórica que estamos intentando profundizar.

Las sociologías constructivistas de las clases ofrecen una ventana de acceso a la problemática de la lucha y la movilización que no se han atrevido a abordar. El planteo de la multiplicidad de las fuentes del poder de clase y su carácter relacional, la posibilidad de conversión entre tipos de capitales, y la importancia de las relaciones de cooperación interindividual (capital social) en los diversos campos. Bourdieu expresa una firme posición contra el sustancialismo clásico que ata las acciones y disposiciones subjetivas a posiciones. Una práctica no puede explicarse por corresponderse a una posición o a unas posesiones, tampoco a una serie de disposiciones personales inculcadas, sino que el patrón que enlaza los tres niveles es el que especifica el sentido “clasista” diferencial de esa práctica. Así, el sentido clasista de una acción colectiva como participar en una huelga, un cacerolazo, un piquete, un escrache o ser miembro de una asamblea barrial, es algo que no obedece a una regla de correspondencia con posiciones sino que está atravesado por sentidos clasistas que pueden ser múltiples y contradictorios. Cada uno de los participantes o grupos de ellos puede construir un sentido clasista, incluso en oposición al de otros participantes. Según este esquema, las clases no determinan prácticas puntuales sino que las impregnan, las atraviesan inscribiéndolas en sistemas de relaciones. Esto descarta el problema de la correspondencia término a término entre clase y movimientos que haga coincidir locaciones de clase con tipos de acción y organización<sup>15</sup>.

Si la capacidad de coerción de un bien no se deriva de sus atributos “objetivos”, “naturales”, “materiales” o “estructurales” sino de su inscripción (relacional) en prácticas de lucha frente a otros, entonces el valor enclasante de un bien es interno al antagonismo del que forma parte. En este sentido el poder de la propiedad es un poder puramente relacional y contextual que depende del hacer y el tener de otros a los que se enfrenta. La organización y

---

<sup>15</sup> La contraposición entre clase y movimientos o lucha de clases y movimientos sociales (Galafassi, 2007; Millán, 2010) obedece solamente a la negativa a tomar el contenido clasista presente en todo proceso de movilización y toma por válidas las escisiones conceptuales tourainianas. En realidad clases y movimientos pueden combinarse sin ningún problema justamente porque forman parte de campos semánticos heterogéneos que no se excluyen entre sí. Movimiento excluye partidos o sindicatos, no clase. Clase puede excluir estratos, estamentos y otras formas de diferenciación social, pero no movimiento. Hacer competir clase y movimiento también puede significar el intento de confundir clase con un grupo, un actor organizado visible.

la acción colectiva es entonces un elemento esencial de los procesos de valorización y de enclasmiento. No se trata de que la lucha o el conflicto favorece la conformación de grupos sino que en torno a las luchas existentes es que se determinan también los valores asignados a los bienes o atributos de los bienes en disputa. Contrariamente a la opinión de Marx en la Miseria de la filosofía, la lucha obrera incide sobre los niveles de salarios y hasta condiciona los métodos de producción y la organización del trabajo. La tensión entre lo estructural y la lucha se ve en el concepto mismo de salario como "capital variable": presupone que está abierto a la contingencia de la lucha y el conflicto y, al mismo tiempo, regido por la ley del valor.

Dentro de la tradición weberiana, Parkin realiza un aporte importante a la teoría de las clases al centrarse en la capacidad de excluir y de acaparar que genera una dialéctica de luchas de "cierre" social y de "usurpación". Las clases se conforman en estas luchas. Lo interesante de las clases y el poder que tienen no proviene de los bienes que controlan sino de cómo logran excluir a otros de esos bienes y cómo logran usurpar y acceder a bienes controlados por otros. La "solidaridad" movilizadora y "la capacidad de perturbar el orden" volcadas en la acción colectiva son recursos extramercantiles pero que pueden lograr muy eficazmente ventajas o accesos y mejoras para los excluidos, incluso más efectivamente que los recursos valorizados por el mercado (el aumento de las certificaciones educativas, por ej.). En este sentido, acciones extraeconómicas tienen resultados económicos directos demostrando la falta de autonomía absoluta del mercado respecto del conflicto social.

De esta forma, en una sociedad estrictamente clasista no se trata de ejercer coerciones para apropiarse de alguna clase de bien intrínsecamente valioso (cuyo valor "coercitivo" podría determinarse sistémicamente como exterior al conflicto social mismo) sino al revés: se trata de apropiarse de aquellos bienes que maximizan la capacidad de coerción sobre otros y esta capacidad no puede juzgarse independientemente de las acciones tanto individuales como colectivas.

Obsérvese algo elemental: la lucha salarial no tiene ninguna objetividad emanada de estructuras o "contradicciones fundamentales" sino que su sentido clasista se dirime en el tipo de antagonismo del que forma parte, lo que nunca es obvio. El salario puede ser enclasmado de diversas maneras. Desde el clásico medio para satisfacer necesidades básicas, hasta reconocimiento, dignidad, autonomía como consumidor (poder elegir marcas), aspiraciones de consumo "posicional" para diferenciarse de otros, aprovechar el poder de mercado o de negociación sindical (renta de poder colectivo), signo de importancia política de las direcciones sindicales, más tiempo libre para esparcimiento o para participación social y/o política (sea por el socialismo o en una ONG solidaria), ahorro para acceder a la vivienda, ingreso suficiente para evitar la salida de la mujer al mercado de trabajo, ahorro para invertir en un negocio y dejar el empleo asalariado, para pagar la educación privada de los hijos, para ayudar a un familiar en problemas, para pagar deuda por la compra del auto, por un viaje de vacaciones al exterior, para especular con activos financieros, comprar dólares, etc. El salario como interés no puede separarse del conjunto de expectativas y aspiraciones articuladas a través de valores que se hilvanan con estrategias tanto individuales como colectivas de movilidad y lucha. En cada uno de estos encadenamientos de sentido, el salario se articula en tipos de conflictos distintos. Típicamente en las políticas neoliberales la combinación de dispersión salarial, flexibilidad laboral y endeudamiento por crédito para consumo superfluo, fragiliza la lucha colectiva por el salario y favorece las apuestas individuales y la proliferación de conflictos competitivos entre asalariados. El caso reciente en nuestro país del impuesto a las ganancias de la 4ta. categoría es otro ejemplo típico: el conflicto sindical se planteaba como más salario y menos distribución y subsidios a los desocupados y precarizados.

Reducir el salario a mero “precio” (categoría económica) o a “recompensa” o “retribución” (categoría normativa de justicia) son formas de significación estáticas y desclasantes, en la medida en que se hacen al margen de los procesos de lucha y colectivización.

Si lo vemos desde el lado de las estrategias salariales de las empresas aparecen claros propósitos bien visibles de fragmentación y separación del colectivo laboral, y estímulos a la estrategia de negociación individual o fuera de convenio. El salario ni siquiera para las mismas empresas es solamente un precio, un costo o un elemental estímulo al esfuerzo y la productividad del trabajador.<sup>16</sup>

## **Negatividad e Identidad**

Las clases no pueden entenderse sin antagonismo pero es necesario extraer el antagonismo de las estructuras. El posmarxismo de Laclau se puede describir como un gramscianismo desclasado: el antagonismo es central en la sociedad contemporánea pero se resuelve a través de la lucha por la hegemonía y en su contingencia no presupone necesariamente a las clases. La disyunción usada en uno de sus más famosos textos es clara: “clases sin antagonismo o antagonismo sin clases”. La negatividad de lo social se constituye discursivamente y no en las estructuras que determinan la posición de los agentes. En otro lugar hemos planteado diversas objeciones sobre esta tesis (Gómez, 2014b) pero el concepto de antagonismo que propone es un buen punto de partida.

Laclau coloca el antagonismo como negación identitaria. La identidad propia aparece como negación de otra identidad que nos niega. Aunque no lo dice con estas palabras creo que la noción de antagonismo aplicable al análisis social es “la negación a ser negado”. Las estructuras están atravesadas por incongruencias y contradicciones pero el antagonismo como negatividad social es una construcción de sentido necesariamente discursiva. Hay que buscar otro hogar más “adecuado” que las estructuras para la negatividad. Lo social ya no se produce por una instancia estructural privilegiada sino que es resultado contingente de la lucha simbólica.

También hemos objetado el reductivismo discursivista de este postulado: en la experiencia histórica el elemento polarizador como fuerza de la negatividad que agudiza el enfrentamiento y hace ascender el conflicto a los extremos no viene dado tanto por una construcción discursiva sino por los actos que amenazan la existencia misma de los involucrados<sup>17</sup>. Es decir la supresión material: violencia, hambre, exterminio, saqueo, persecución, catástrofe, justamente al poner en juego la identidad en acto, conmocionan el orden simbólico reordenando la negatividad y haciendo emerger nuevas identidades. Una lucha por aumento salarial destinado a vacacionar, pagar el colegio privado, o comprar una TV no desarrolla el mismo sentido antagónico de uno destinado a comprar alimentos o medicamentos, ni de otro impelido por un afán igualitario, porque tocan de manera diferente

---

<sup>16</sup> El ejemplo más obvio en la historia del trabajo capitalista moderno lo da Henry Ford con el famoso “5 dólares diarios” de 1914 cuando más que duplica los salarios que se pagaban en otras automotrices. En el mismo sentido puede interpretarse la conocida teoría de Robert Solow del “salario de productividad”, es decir, no el salario que maximiza las ganancias del capital sino el que maximiza la excelencia y la calidad del trabajo, el compromiso dócil con la empresa y la ausencia de conflicto laboral aún desaprovechando las posibilidades que brinda el mercado laboral (alto desempleo) de bajar el salario y aumentar la ganancia.

<sup>17</sup> Hechos que en un momento dado no pueden ser admitidos en un orden simbólico y que permanecen perturbadores a la espera de otras elaboraciones simbólicas que puedan dar cuenta de ellos. Después de todo sólo los discursos que “cambian los discursos” tienen interés en un enfoque dinámico y clasista.

la identidad. Las acciones de supresión material son las que más contribuyen a negar una identidad y así poner en acto el antagonismo.

A su vez los antagonismos de opresión son distintos a los de explotación: la explotación presupone la existencia del explotado ya que en última instancia el explotador depende de él. Las opresiones (saqueo, estafa, robo) en cambio suponen la independencia del opresor respecto del oprimido, y por tanto puede llevar la negación de una identidad al límite de la aniquilación física o social. Desde este punto de vista, la acción colectiva de los oprimidos siempre tiene un componente del orden del negarse a ser negados. En torno a explotaciones, opresiones y subordinaciones que suponen asimetrías del tener y el hacer, es que la movilización ejerce antagonismo en acto. Aunque los sujetos/agentes otorgan sentido a las acciones y situaciones a través de discursos, las acciones que encarnan diversos antagonismos por negar identidad siempre tienen un residuo no reductible a los sentidos disponibles<sup>18</sup>. Enclasar el análisis de acciones colectivas desafiantes obliga a abordar las identidades negadas por opresiones, explotaciones y subordinaciones y los antagonismos que detona.

Pero el concepto de clase bien visto tiene un atributo "olvidado" por la teoría: la negación identitaria también es autonegación. En la perspectiva de clase rige el principio de que el orden social es "abierto" y fluido, es decir, que la posición no depende de ningún principio jerárquico previo a la acción sino que depende exclusivamente de lo que hombres y mujeres hacen o no hacen con lo que tienen o carecen. Nada hay de sagrado en los lugares ni en las coerciones, nada es definitivo y consagradamente legítimo. El concepto de clase trae un dinamismo subvertidor del orden: toda posición de clase tiende a ser negada por los mismos que la ocupan. El ascenso social o la lucha contra el descenso son la materia viva misma de las clases. Tanto las opciones por la movilidad individual como por la lucha colectiva siempre desafían las "fuerzas" impuestas por los antagonistas que constriñen y atan a posiciones dadas.

La movilidad individual existe porque las constricciones supuestamente "estructurales" de las relaciones de propiedad son porosas y contradictorias, permeables a estrategias individuales. La intervención política pública, la lucha colectiva, supone intentos de alterar las mismas coerciones dadas que pretenden ser erigidas en reglas distributivas establecidas, en orden naturalizado. Ambos tipos de respuestas no son en absoluto independientes entre sí: la acción colectiva suele pugnar por mejorar las condiciones generales de valorización de recursos e incremento de su eficacia para facilitar la movilidad individual (valor de la fuerza de trabajo, de las calificaciones, acceso a la propiedad, a la cultura, etc.) y los intentos individuales fallidos de movilidad o la pérdida de posiciones suelen incrementar la predisposición individual a la acción colectiva.

Las clases no necesariamente son bases firmes de identidades fijas porque sus antagonismos son cambiantes y fluidos. Los enemigos de hoy pueden ser los aliados de mañana. Este es el corolario de haber renunciado a deducir el antagonismo de las estructuras.

La significación histórica extraordinaria del discurso clasista no proviene de la idealización de la "condición proletaria" en tanto meros desposeídos víctimas de opresión y explotación, sino la solidaridad que se demuestra en la lucha contra ellas. El paso de "proletario" a "obrero" o "trabajador" supone un deslizamiento nominativo desde el mero no tener al hacer. Pero solo el discurso socialista que consagra la odisea revolucionaria de la clase, la convierte en capital simbólico colectivizable y dador de identidad y de proyecto político.

---

<sup>18</sup> En la literatura clásica de los NMS se alude a "la cognición caliente" (McAdam, McCarthy y Zald, 1999), es decir, acontecimientos que fuerzan a abandonar el marco de comprensión vigente hasta ese momento, desatando procesos de "liberación cognitiva".



Pero esta identidad no está inscripta estructuralmente y el mismo devenir de las luchas la puede convertir en una identidad más al lado de otras.

El posmarxismo populista de Laclau conduce a una posible sustitución clase obrera/ pueblo o clase obrera/ movimientos sociales: ¿el antagonismo se desclasa?

### **Antagonismos extraclasis**

El “descarte” del concepto de clase para entender las movilizaciones de nuevo tipo en las democracias capitalistas a partir de los años '60 no se produce sólo porque el concepto no encaja con el fenómeno, sino porque el fenómeno pone de manifiesto las inconsistencias y contradicciones del concepto. Es decir, no se trata de rehabilitar el concepto de clase tal como viene. El naufragio analítico de la perspectiva de clases no se resuelve simplemente reflatando al Titanic hundido con todo su esplendor, sino navegando bajo otros principios, otros instrumentos y otra arquitectura. El fenómeno de las clases medias y los movimientos sociales heterogéneos “sin intereses materiales” y “valores posmaterialistas” son los icebergs con los que colisionó ese proyecto de comprensión de lo social centrado en la noción de clase. Sin embargo, las formas “extraclasis” de conflicto mencionadas no pueden leerse como antagonismos sin relacionarlas con las cuestiones básicas del tener/no tener y hacer/no hacer. Que los actores de la movilización no sean grupos autoidentificados como clases no quiere decir que no sean fenómenos enclasantes ni indiferentes a las negatividades que atraviesan las disputas por las condiciones de la vida material.

Veamos una formulación somera de análisis de clase de los ejes extraclasis de las banderas de lucha de los NMS.

*a) Desmercantilización, ecologismo, antiproduktivismo y anticonsumismo.*

El cuestionamiento a la mercantilización de la vida, al consumismo y a su complemento, el productivismo, atraviesa la totalidad de los NMS pero se asocia fundamentalmente a los ecologistas y a la contracultura juvenil.

El intento de compensar asimetrías frente a los poderes que controlan los mercados, los estados y la tecnología es el eje común de todos los NMS.

Las cuestiones de sostenibilidad ambiental vienen articuladas a la impugnación de un modo de vida y a nuevos valores contraculturales. Usualmente se han considerado el punto de máxima separación de los NMS respecto de las clases: anticonsumismo y antiproduktivismo podrían afectar el empleo, de ahí los resquemores de los sindicatos y partidos de la vieja izquierda socialdemócrata que cimentaron su poder sobre las banderas del crecimiento con bienestar y distribución.

El anticonsumismo/antiproduktivismo ataca las ecuaciones básicas del dominio simbólico empresarial y estatal que se hacen pasar como bien común:

Inversión = Crecimiento como fuente fundamental de distribución (empleo e ingresos);

Bienestar = consumo + seguridad;

Estado = protección del bienestar y fomentador de la inversión.

Pero el ataque al productivismo-consumismo también apunta a reducir las horas de trabajo y de ocio alienante y así aumentar la valorización del capital social, simbólico, cultural y político de la fuerza de trabajo en su conjunto. Menos tiempo en la fábrica, menos tiempo frente a la televisión y menos tiempo en el shopping redundaría en mayores capacidades de intervención sobre el orden social. La “Carta de la Sorbonne” de los estudiantes del Mayo Francés plantea discutir el consumo como si se tratara de una reivindicación clasista obrera, a saber: “El control de lo que producimos a partir de lo que queremos consumir”. La crítica a

la alienación por el trabajo y la subsunción de la vida privada al capital a través del consumismo propone una suerte de generalización del antagonismo de clase al extenderlo a la vida privada. Estas reivindicaciones son más clasistas y no menos clasistas que las de sindicatos y partidos socialistas en tanto plantean antagonismos más agudos que las que encarnan salario y bienestar como consumo. Hay que insistir en un punto: el salario en sí mismo no es una reivindicación clasista no se le puede atribuir ningún antagonismo hasta tanto no muestre sus articulaciones con las relaciones de explotación, opresión y subordinación. Para plantearlo de manera descaradamente burda los trabajadores que consiguen un aumento salarial pensando en llevar a sus hijos a Disney ¿se enclasan o se desclasan? Los trabajadores de la minera La Alumbrera que tienen salarios comparativamente altísimos, que guardan secreto por contrato de lo que hacen en sus lugares de trabajo y que ejecutan ordenes que pueden llevar a contaminar napas y ríos, ¿se enclasan o se desclasan? Las cuadrillas de trabajadores terciarizados de las empresas eléctricas que se dedican a cortar los servicios de los usuarios que no pagan, a veces de manzanas enteras de barrios de trabajadores pobres, ¿se enclasan o se desclasan? Los trabajadores que han realizado protestas por el impuesto a las ganancias ¿se enclasan o se desclasan? Los trabajadores que votan aceptar las compensaciones por retiros voluntarios en vez de luchar por el sostenimiento de la fuente de trabajo, ¿se enclasan o se desclasan? Creo que quedan pocas dudas de que el antagonismo y los colectivos que se pueden formar alrededor de ellos dependen de las acciones y no de invariantes estructurales como puede ser el régimen salarial.

La idealización de los NMS cae también en el mismo tipo de falencia: los estilos de vida “alternativos” que realzan la autonomía personal y la autorrealización colectiva en sí mismos no conllevan ningún antagonismo, hasta tanto no se vea su articulación a relaciones de opresión y explotación. La segmentación de mercados de consumo de masas ha incorporado la valorización mercantil de este tipo de nuevas identidades “antisistema” a través del suministro de bienes posicionales e identitarios tributarios de la “cultura verde”, “la alimentación light”, “el ocio creativo”, “el arte pop”, “la industrialización del rock”, “la marketinización de la rebeldía juvenil”, etc. El ecologismo de Grobocopatel y el hipismo del marketing de los desarrolladores inmobiliarios de urbanizaciones privadas destinados a profesionales exitosos (la “contracultura” de Nordelta) nos eximen de mayores comentarios. Se puede enclasar o desenclasar el ecologismo<sup>19</sup>. Hasta las “nuevas formas de organización y gestión del trabajo” (las llamadas tecnologías blandas, “toyotismo”, “kalmarismo”, “producción flexible”, etc.) incorporan tópicos asociables a los imaginarios contraculturales de los movimientos setentistas: la autonomía, la cooperación horizontal, la iniciativa innovadora, satisfacción con la tarea, etc.

*b) Pacifismo, derechos civiles, derechos humanos*

Son los ejes reivindicativos más sujetos a lecturas románticas y posmaterialistas, desclasantes, etc. Sin embargo, el antibelicismo coarta la estrategia universal de las clases dominantes de licuar los antagonismos internos mediante su direccionamiento hacia enemigos exteriores. Lo que más se extraña de la edad de oro de los NMS es justamente esto: las gigantescas marchas contra la guerra de Vietnam y contra la carrera armamentista, hubiesen sido invaluable para detener las atrocidades occidentales en los Balcanes, Medio Oriente, Afganistan, Ucrania, Chechenia, etc. Las políticas de austeridad, financierización y desregulación laboral se acompañan de un intervencionismo militar que goza de una preocupante aquiescencia ciudadana. La casi desaparición de la organización y acción

---

<sup>19</sup> Una de los planteos más contundentes del enclasmiento del cuidado ambiental y del cuestionamiento a los estilos de vida del capitalismo contemporáneo proviene del lugar quizás menos pensado: la Encíclica “Laudato Si, del cuidado de la casa común” del Papa Francisco.

colectiva antibélica no puede desligarse de una pérdida de peso político de las demandas obreras. La lucha contra “el terrorismo” externaliza los antagonismos.

De manera semejante se puede observar la defensa de los derechos humanos: sustraer los cuerpos de la represión, aumentar la visibilidad de los poderes y la violencia que ejercen, valoriza el capital político y organizativo de los movimientos en su conjunto a partir de privar a los poderosos de la legitimidad de los recursos a la fuerza física coercitiva. Ha sido una enorme conquista el elevado nivel de institucionalización internacional de los DDHH y es un basamento firme para una atenuación de los antagonismos en la vida interna de las sociedades. El rechazo al uso de la fuerza para dirimir conflictos funge de desantagonizador general de disputas. Pero este proceso debe ser analizado junto con otro: el aumento de los poderes de control y de las coacciones no violentas que suponen las pérdidas de derechos de ciertos grupos postergados (como minorías étnicas o de género, inmigrantes, indocumentados, etc.), la reducción de protecciones legales en el trabajo, el uso de la persecución judicial y administrativa, de la difamación y la estigmatización pública a través de los medios de comunicación, del monopolio de la información y la consecuente manipulación desinformativa, etc. El adelgazamiento del estado de bienestar y la fragilización de derechos civiles, sociales y económicos, desata nuevos ejes de antagonismo que por el momento se expresan en: una forma de “revueltas” violentas episódicas fuertemente racializadas (casos de Francia y Gran Bretaña); la emergencia de formaciones políticas anti *statu quo* pero fuertemente institucionalistas (Syriza, Podemos, Francia Insumisa); y los movimientos alterglobalizadores que fueron las principales víctimas del recrudescimiento de la “guerra contra el terrorismo”.

*c) Feminismo, diversidad de género, y antirracismo*

El rescate y reivindicación de “identidades devaluadas” (Neveau, 2000) tiene obvias consecuencias materiales y clasistas: elevan el poder de mercado de la fuerza de trabajo, aunque lo redistribuyan entre sexos y razas. Es una obviedad que las barreras laborales extraeconómicas aumentan la discrecionalidad en la explotación de la fuerza de trabajo y dificultan su cohesión organizativa y simbólica. La lucha contra las discriminaciones económicas “extraclasistas” por sexo, raza, credo o cultura, no significa más que defender “el derecho a la lucha de clases” de estos grupos. Sexismo y racismo separan la distribución de bienes de lo que los hombres y las mujeres hacen y la atan a lo que los hombres o las mujeres son. En este punto, es por demás claro que las luchas de los NMS en realidad pugnan por regresar a la codificación enclasante desprendiéndose de criterios adscriptivos.

En las demandas feministas aparecen potenciadas además relaciones sociales específicas de opresión: la soberanía sobre el cuerpo (sexualidad y procreación, con obvia enorme implicancia en la reproducción biológica de la fuerza de trabajo), soberanía sobre la vida cotidiana (trabajo doméstico y del cuidado) y las igualdades de derechos de apropiación de excedentes, de acceso a la propiedad, a la herencia, a la cobertura de salud<sup>20</sup>, que están íntimamente asociadas a las dimensiones de la dependencia económica adicional hacia el varón<sup>21</sup>. Las reivindicaciones feministas solo pueden considerarse extraclasistas desde una

<sup>20</sup> El matrimonio homosexual tiene aspectos bien materiales como herencias y coberturas de salud. La consigna “el mismo amor, los mismos derechos” no tiene nada de sentimental y busca desacoplar el género de criterios diferenciales asimétricos de derechos sobre bienes.

<sup>21</sup> Hay que recordar con la feminista radical Shulamith Firestone (1976) que el cumplimiento de las demandas de igualdad va a significar en el caso del feminismo que las mujeres de clases trabajadoras sufran solamente las explotaciones y opresiones de las clases trabajadoras y las mujeres de clases medias y altas la posibilidad de sufrir pero también ejercer explotaciones, opresiones y subordinaciones iguales a las que ejercen sus pares de clase varones. También es interesante el trabajo de J. Astelarra (1978) sobre feminismo proletario y burgués. Firestone había propuesto audazmente que las mujeres podían ser consideradas clases con más fundamento que la burguesía o el proletariado. Esta idea tiene la importancia de señalar el carácter difuso, cambiante e inestable de todo antagonismo social. Las dependencias, asimetrías y reciprocidades no andan preguntando qué nombre les queda

identificación de la clase con una figura particular sacralizada: el varón blanco asalariado. Desde ya que la opresión de género, lo mismo que las cuestiones ambientales, no se agotan en sus componentes clasistas ni en sus nexos con los antagonismos desplegados en torno a las condiciones de vida material. La violencia de género, las costumbres, las formas del erotismo y los valores patriarcales no se circunscriben ni con mucho a sus implicancias enclasadoras.

El carácter contingente del antagonismo clasista que articula movilización con condiciones materiales de vida se puede ver bien en la historia del movimiento negro y en la trayectoria de Martin L. King en EEUU: desclasaba cuando luchaban en el Sur (invocaciones humanitarias contra el segregacionismo civil y político, de integración nacional, el “I have a dream”, etc.) pero enclasaba claramente cuando se extendió a los guetos de las grandes ciudades (y denunciaba la segregación económica e inmobiliaria contra los negros pobres, los abusos policiales contra los negros pobres, etc.).

No solamente los discursos clasistas explícitos enclasan conflictos. Los movimientos “extraclasistas” son impulsores principales de enclasmientos y desclasamientos más allá de sus propios discursos. Es claro que una identidad negra, indígena o de género no equivale y hasta puede ser competitiva con una identidad obrera. Las identidades que no contemplan a la clase no significa que pierdan el nexo inextricable que las ata a la lucha por las condiciones materiales de existencia. Es más, la acción clasista no parece tener un especial interés en revestirse de identidad clasista, ni en atribuir a los antagonistas identidades clasistas. Así, los conocidos fenómenos de cierre social, la racialización de ámbitos laborales y educativos, del consumo y el hábitat, por citar ejemplos corrientes, son estrategias de significado clasista con significantes no clasistas. Los fenómenos de clase no pueden limitarse al estricto campo de las identidades clasistas, sino al conjunto de los antagonismos *tout court* que vinculan las condiciones materiales con las luchas por el tener/no tener y el hacer/no hacer.

Es evidente que las colectivizaciones operadas en torno a los NMS distaban de parecerse a los sindicatos y partidos obreros. Tan evidente como que estos sindicatos y partidos desarrollan de diversas maneras desclasamientos en el marco del juego que llevan adelante en determinados antagonismos. Se puede invocar a los obreros para desantagonizar y descolectivizar (debilitando la identidad de clase) y se puede invocar a los negros o las mujeres para antagonizar y fortalecer colectivizaciones contra las explotaciones y opresiones que atraviesan nuestras condiciones materiales de vida.

### **Enclasando el proceso de colectivización y lucha**

Los distintos “espacios” sociales de clase ofrecen diversas condiciones para la movilización de recursos. Weber hablaba de “facilidad técnica para reunir a los descontentos” y Smelser de “conductividad estructural”. El celeberrimo análisis de Marx sobre la imposibilidad del campesinado parcelario para constituirse como clase –que suele hacerse abusivamente extensivo a las clases medias aún hoy - se detiene exactamente en esta cuestión. Nada hay en la naturaleza de los intereses que profesa la pequeña burguesía agraria que impida su formación como clase. Aún con cultura y creencias comunes, son sus condiciones de vida aislada y competitiva las que lo impiden. En Marx aparece entonces una veta para introducir la determinación de clase más allá del modelo basado en el interés como mediador

---

mejor, atraviesan completamente al lazo social e incorporan desde lo biológico hasta lo mental. En este sentido no tiene ninguna importancia el intento absurdo de tratar de explicar las diferencias de género por las relaciones de producción, ni tampoco lo contrario de explicar las relaciones de producción por las construcciones sociales y culturales del género.

entre posición económica compartida y acción colectiva. Las coerciones “estructurales” no operan sólo en la definición de intereses sino en la determinación de las condiciones de posibilidad de la acción colectiva y de lucha. La coerción estructural incide en las condiciones de constitución de clase, en las condiciones en que se prepara y plantea la lucha. La lucha no es sólo una decisión voluntaria, una elección, una preferencia o un resultado de la deliberación colectiva, de una interpretación de la situación, de una “experiencia” culturalmente moldeada, de una estrategia diseñada de acuerdo con un interés, sino que es también un proceso sometido a constricciones donde también se experimentan “condicionamientos clasistas”.

El mismo proceso de colectivización es materia de la lucha clasista. Las clases dominantes pueden intentar coartar, disuadir o limitar legal o prácticamente las posibilidades de colectivización de ciertos grupos o clases subalternas. Pueden impedir la difusión de convocatorias y reuniones, ilegalizar organizaciones, cooptar grupos o líderes, reprimir y perseguir, etc. El proceso mismo de colectivización es un objeto fundamental de la lucha y el antagonismo.

El antagonismo se expresa en accionar no solo para defenderse de la acción colectiva y la colectivización sino para impedirla o hacerla más difícil o imposible. La lucha empieza por intentar condicionar la organización y la lucha.

Para los individuos la misma opción por la organización y la acción colectiva contenciosa está condicionada de manera clasista. Los detentadores de capitales competitivos (las clases medias y altas por ocupación, propiedad y educación) optan preferencialmente por la movilidad individual. Para los que carecen de esos capitales la opción por la colectivización y la lucha es la más corriente. Para los primeros la acción colectiva es un recurso en general defensivo y de emergencia, y para los otros es una necesidad casi permanente. Para las clases medias la lucha colectiva está dirigida a la restauración de mejores condiciones generales para una estrategia de movilidad individual que asegure una revalorización de cada uno de sus capitales: propiedad, trabajo calificado y educación. Es decir, para las clases medias la opción por la acción colectiva tiene por objetivo no hacerla necesaria en el futuro. Para las clases populares la estrategia colectiva se orienta a incrementar el acceso a esos capitales individualmente pero lo esencial es el aseguramiento de las condiciones futuras para la organización y la lucha. La consolidación y la institucionalización (y el reconocimiento de derechos) son objetivos importantes ya que representan una cierta seguridad futura de sostener el acceso a los bienes obtenidos<sup>22</sup>. Hasta la construcción de sentidos en torno a la participación en la organización colectiva y la lucha (los “valores militantes”) tienen un clivaje clasista: el coraje, la autonomía o autotransformación subjetiva son enfatizados por las clases medias, mientras el esfuerzo, la solidaridad y la persistencia o la eficacia externa de la acción priman en las clases populares.

La opción por la colectivización puede plasmarse de dos maneras: en instituciones y grupos organizados preexistentes y estables (sindicatos, partidos políticos, agencias estatales, Iglesias, ONGs, etc.) a los que comúnmente los sujetos tienen acceso. Se suele recurrir a los colectivos disponibles como complemento de estrategias individuales, pero cuando éstas son insuficientes para superar adversidades importantes, desatan procesos de colectivización bajo nuevas formas de solidaridad. Cuando ni estrategias individuales ni colectivas disponibles

---

<sup>22</sup> El extraordinario trabajo de Piven y Cloward (1977) que combina análisis marxistas con TMR muestra un caso atípico: los pobres de los guetos negros en EEUU optan por la revuelta violenta, es decir, por la lucha sin organización o colectivización estable. Los autores hacen un análisis de las condiciones clasistas que explican este tipo de opción.

son eficientes, la autocolectivización y la lucha no convencional se presentan como opciones y se abren procesos de movilización con nuevos protagonistas y formas de beligerancia. La crisis de insuficiencia de poderes clasistas o la imposibilidad de éstos de enfrentar las acciones de los antagonistas desata un proceso de innovación social y política. Los movimientos de desocupados (“piqueteros”) durante la segunda presidencia de Menem, y las asambleas barriales con sus “cacerolazos” en la crisis del 2001/2002, comparten los puntos de partida: estrangulamiento de opciones individuales y escaso o nulo capital organizativo y político disponible.

Es interesante observar que hasta las consignas o slogans de los movimientos pueden tener una construcción de sentido diferente de acuerdo a su relación con diferentes configuraciones de poderes de clase. Por ej., dentro mismo de las asambleas barriales de clases medias había fuertes diferencias a la hora de interpretar el significado de la consigna: “Que se vayan todos” (QSVT) que condensó un clima de época de crisis generalizada. Había una versión nihilista, otra conservadora, otra reformista y una radicalizada. El hallazgo es que los que adherían a cada una de estas atribuciones de sentido tendían a tener distintas composiciones de capitales: los jóvenes con educación superior sin empleo o con empleos subcalificados, sin experiencia de participación política previa y un capital simbólico “moralizador” que satanizaba la participación colectiva, tendían a una versión nihilista del QSVT. Los jubilados profesionales o comerciantes adultos mayores con patrimonio pero sin experiencia de participación previa y con un capital simbólico centrado en un crudo “meritocratismo” tendían a ver el QSVT como una antipolítica conservadora: antiestatista y antipopular. Los profesionales y comerciantes adultos con cierta acumulación económica pero experiencia política y capital simbólico legitimador de la participación tomaban el QSVT como una oportunidad reformadora con una larga lista de propuestas de cambio político institucional. Los jóvenes con altos niveles educativos especialmente en ciencias sociales y humanidades o letras, empleos del sector servicios, y acceso a las nuevas tendencias de izquierda del mundo propugnaban una versión radicalizada neanarquista de la consigna (Gomez, 2015: 205-216). El enclasmiento de la llamada “antipolítica” tiene matices importantes asociados a la composición de los poderes de clase o capitales de los sujetos.

De la misma manera, los repertorios de acción colectiva contenciosa también tienen clivajes clasistas: la huelga, el corte de ruta, y el cacerolazo o el escrache no pueden leerse fuera de los emplazamientos clasistas en las condiciones materiales de vida. La huelga es el instrumento de las clases trabajadoras estables, el piquete el de las clases trabajadoras excluidas, y el cacerolazo y el escrache son formas expresivas de la “indignación” como sentimiento que se corresponde a las clases “morales”, las clases medias, que se diferencian necesariamente de la “desesperación” vindicativa que corresponde a las clases “necesitadas”.

### **Conclusión para empezar y no para terminar**

Una exploración de los límites de los paradigmas teóricos aceptados muestra la prescindencia o la subalternización de la acción y la lucha en la teoría de las clases y un desclasamiento ex profeso de la teoría de la acción colectiva. La falta de espacios de articulación que dejan ambas analíticas obligaba a una reformulación teórica que los abriera intentando reconstruir las mediaciones entre las prácticas y las acciones colectivas con las condiciones materiales y sociales de existencia de los agentes movilizados. El campo analítico de “clase” no sería la forma social grupal o colectiva que asume una coerción estructural sino el modo antagónico en que los agentes enfrentan las coerciones (explotación, opresión,

subordinación) tanto individual como colectivamente. Es un campo de prácticas de lucha e intervención por el control de las condiciones de existencia material y simbólica frente a otros. La esencia de la clase no son las fuerzas objetivas que impactan distribuyendo determinados tipos de bienes estructuralmente relevantes entre agentes, sino lo que los agentes hacen con lo que tienen para incidir sobre esas distribuciones. En consecuencia, rechazamos la postura de aquellos que, frustrados por el fracaso en establecer correlaciones o correspondencias entre posiciones, acciones y conciencias, prescinden del concepto de clase o lo consideran incompatible con el fenómeno de la acción colectiva y los movimientos sociales<sup>23</sup>.

El planteo presentado ensaya dar espesor analítico al precepto marxiano "las clases se constituyen en la lucha". No hay que buscar antagonismo en las estructuras para explicar las acciones y la lucha, sino la negación de identidades que supone la lucha misma. La clase tiene la ontología de la movilidad y la lucha: negarse a ser negado. Nos enclasamos cada vez que negamos el lugar en el que nos ponen y que nos niega, o negamos el lugar en que se intentan poner otros y sentimos como amenazante.

En nuestro enfoque los cambios estructurales son posibles porque las luchas llegan a modificar aspectos importantes de las relaciones antagónicas (simetría, dependencia, etc.), proceso a través del cual se producen en forma clasista los colectivos sociales fundamentales (sean movimientos, partidos, sindicatos, asociaciones, grupos de presión, multitudes disconformes, grupos armados, etc.).

Las clases significan la apertura de los antagonismos a las acciones, al hacer y el obrar de los hombres. Las relaciones de explotación, opresión y subordinación son resultados siempre contingentes y cambiantes y nunca premisas trascendentales en las sociedades que diferencian por clases.

El discurso clasista sin dudas colisiona con los de género, raza y cultura, en tanto dador de identidad, pero es imposible ver los componentes de antagonismo de esos discursos sin bucear en las relaciones de explotación, opresión y subordinación afincadas en las condiciones materiales de vida. Que a través del discurso se organicen identidades y antagonismos no quiere decir que éstos sean simplemente artilugios simbólicos que operan en la dimensión subjetiva. Tienen que tener efectos prácticos-reales en términos de asimetrías, reciprocidades y dependencias entre cosas y cuerpos.

En cierto punto, el apotegma de colocar en el centro el antagonismo y el conflicto promete una ruptura en la intelección de la sociedad de clases: las diferencias como sujetas a la lucha y no la lucha sujeta a las diferencias.

## Bibliografía

- ALBERONI, Francesco: *Gênese*, Rio de Janeiro, Ed. Rocco, 1991.
- ADAMOVSKY, Ezequiel: "Historia y lucha de clases. Repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado" en *Nuevo Topo Revista de historia y pensamiento crítico*, Buenos Aires, N° 4, 2007.
- ASTELARRA, Judith: "La mujer... ¿clase social? Algunos antecedentes históricos" en *Papers, Revista de Sociología*, N° 9, Barcelona, 1978.
- BOURDIEU, Pierre: "The forms of Capital", en John Richardson (ed.) *Handbook of theory and research for the sociology of Education*, New York, Greenwood, 1986, pp. 241-258

---

<sup>23</sup> Stuart Hall afirmaba que "los movimientos sociales son la modalidad en la cual las políticas de clase son puestas en acto". Algo semejante puede encontrarse desde fuentes teóricas distintas en Tischler (2004), para quien la forma clase no puede separarse de la de movimiento.

- \_\_\_\_\_ **La Distinción. Las bases sociales del gusto**, Madrid, Ed. Taurus, 1998
- BURRIS, Val: "La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases" en Caravaña, J. y De Francisco, A. (comp.), **Teorías contemporáneas de las clases sociales**, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1995.
- DAHRENDORF, Ralph: **Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial**, Madrid, Rialp, 1979
- FIRESTONE, Shulamith: **La dialéctica del sexo**, Barcelona, Kairós, 1976
- GALAFASSI, Guido: "Los movimientos sociales y su estudio en la Argentina", en **Revista Extramuros. Movimientos sociales y pensamiento crítico**, N°2, Buenos Aires, 2007, pp. 17-21.
- \_\_\_\_\_ **Apuntes de acumulación: capital, estado y procesos sociohistóricos de reproducción y conflictividad social**, Ranelagh, Extramuros, 2014
- GIDDENS, Anthony: **La estructura de clases en las sociedades avanzadas**, Madrid, Alianza, 1981
- GIDDENS, Anthony y HELD, David: **Classes, Power and Conflict. Classical and contemporary debates**, Berkeley, Los Angeles, University of California Press, 1982
- GÓMEZ, Marcelo (2014a), **El regreso de las clases. Clase, acción colectiva y movimientos sociales**, Ed. Biblos, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2014b), "Antagonismo sin clases y clases sin antagonismo en Laclau" en **Revista Utopía y Práxis Latinoamericana. Revista Internacional de Filosofía y Teoría Social**, Año 19, NÚMERO 64, pp 67-82.
- GÓMEZ, Marcelo y Astor MASSETTI (comp.): **Los movimientos sociales de la década ganada**, Córdoba, EDUVIM, 2017
- HALL, John: "The reworking of class analysis" en Hall, John. (comp.), **Reworking Class**, Cornell University, 1997, pp. 1-39.
- JELIN, Elizabeth: "Reflexiones (localizadas) sobre el tiempo y el espacio" en Alejandro Grimson (comp.) **La cultura en las crisis latinoamericanas**, Buenos Aires, CLACSO, 2004, pp. 237-248.
- KÄRNER, Hartmut: "Los movimientos sociales: revolución de lo cotidiano" en **Nueva sociedad** Número 64, enero-febrero 1983, pp. 25-32
- LACLAU, Ernesto: **La razón populista**, Buenos Aires, Ed. Fondo de Cultura Económica, 2007.
- LEE, David y TURNER, B. (comp.): **Conflicts about Class**, New York, Longman, 1996
- MCADAM, Don, John MCCARTHY y Meyer ZALD (ed): **Movimientos sociales, perspectivas comparadas**, Madrid, ISTMO, 1999
- MCADAM, Doug, Sidney TARROW, Charles TILLY: **Dynamics of Contention**, Cambridge University Press, Cambridge, 2001
- MEISKINS WOOD, Ellen: **Democracy against Capitalism. Renewing historical materialism**, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- MELUCCI, Alberto: **Nomads of present, social movements and individual needs in contemporary society**, London, Hutchinson Radius, 1989
- MILLÁN, Mariano: "Las teorizaciones actuales sobre movimientos sociales y la teoría de la lucha de clases", en Massetti, Villanueva y Gómez (comps), **Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario**, Buenos Aires, Ed. Trilce, 2010, pp. 499-520.
- NEVEAU, Erik: **Sociología de los movimientos sociales**, Barcelona, Ed. Hacer, 2000.
- OBERSCHALL, Anthony: **Social conflict and Social Movements**, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, 1973
- OFFE, Claus: **Partidos políticos y nuevos movimientos sociales**, Madrid, Ed. Sistema, 1988.



- PAKULSKI, Jan: *"The dying of class or of Marxist class theory?"* en LEE Y TURNER, op. cit, 1996, pp. 60-70.
- \_\_\_\_\_ *"Foundations of a post- class analysis"* en Erik Ohlin Wright (ed) **Approaches to Class Analysis**, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 152-179.
- PARKIN, Frank: **Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa**, Madrid, Espasa Calpe, 1984
- POULANTZAS, Niclas: **Poder político y clases sociales en el estado capitalista**, México, Siglo XXI, 1985
- SAVAGE, Michael: **Class analysis and social transformation**, UK, Open University Press, 2000
- SNOW, David y ots.: *"Procesos de alineamiento de marcos, micromovilización y participación en movimientos"* en Chihu Amparán, Aquiles (Coord), **El "análisis de marcos" en la sociología de los movimientos sociales**, México DF, Ed. Miguel Angel Porrúa, 2006, pp. 31-82
- SVAMPA, Maristella: **Cambio de época. Movimientos sociales y poder político**, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI/CLACSO, 2008.
- THOMPSON, Edward: *"La sociedad inglesa en el siglo XVIII, ¿lucha de clases sin clase?"* en **Tradición, revuelta y conciencia de clase**, Barcelona, Ed. Crítica, 1984.
- TOURAINE, Alain: **El regreso del actor**, Buenos Aires, Ed. EUDEBA, 1987.
- WRIGHT, Erik O.: *"The continuing relevance of class analysis"*, en **Theory and Society**, N° 25, 1996, pp. 693-716.
- \_\_\_\_\_ **Approaches to Class Analysis**, Cambridge, Cambridge University Press, 2005
- \_\_\_\_\_ **Understanding Classes**, New York-London, Verso, 2015